

EL CIELO ES UN LECHAZO TRISTE

Nicolás Colfer



DE
PARADO

EL CIELO ES UN LECHAZO TRISTE

Nicolás Colfer

**DE
P
A
R
A
D
O**

Índice

Cubierta

Portada

Dedicatoria

Parte I. Una metáfora perfecta

23 | Invasión de zombis Nike

48 | Se hunde Buenos Aires

66 | Agujeros negros chocan contra estrellas de neutrones

Parte II. Lo que llegamos a conocer del mundo

Parte III. Total System failure

Sobre el autor

Créditos

A les fans que pagan mis cuentas.

PARTE I
UNA METÁFORA PERFECTA

¿Sentís el ruidito, no? Perro está echado cuerpo a tierra. Se anima a meter la mano en esa vueltita que hay abajo de la bacha. Me mira a mí y quiere que le hable de otra cosa. Nada. Blanco total. Justo ahora te callás, ladra, y yo no creo que alguien pueda hablar de cualquier cosa cuando la situación está por picarse. Ya usamos la escoba y golpeamos todas las ollas para que la rata se asustara y saliera, pero es sorda o está más acostumbrada a la amenaza que nosotres. Perro es valiente, se está muriendo de asco pero tiene la mano ahí metida. Yo, en cambio, estoy lo más lejos que puedo con la escoba lista para pegarle a la rata y alejarla de mis pies como una golfista. Pero lo más probable es que, si la rata sale, yo pegue un gritito y me esconda atrás de Perro.

—Tendrías que estar vos haciendo esto —me echa en cara. Tiene sentido. Fui yo la que convocó a la rata. Tuve la visión de que aparecía acá. El chongui me estaba cogiendo la boca y en el momento del lechazo la vi: grande, negra, peluda. En Otamendi. Perro vive acá desde cachorro y yo estoy por mudarme al piso de arriba. Que haya aparecido una rata de verdad puede ser una casualidad inmundada o la comprobación de que tengo poderes. No son los poderes que me gustan, la verdad. Cuando tengo visiones copadas después no pasa nada en la vida real. Si no, ya habría garchado con Dami Melano tres veces por lo menos.

—No hay nada, eh —me dice Perro y abre-cierra sus ojitos.

—¡Pero el ruidito! —Qué pesada con el ruidito la marica esta sin poderes útiles que se agarra de la escoba como si

fuera la última pija del mundo. Esto Perro no lo dice pero lo piensa. En cambio me pregunta: ¿Vamos con el veneno?, y yo digo que sí frenéticamente con la cabeza, aunque no, qué ajco el cuerpo muerto disecado de una rata, el cuerpo que habría que tocar de algún modo para echarlo a la basura. Me imagino el contacto de mis manos con la masa blanduzca del cadáver y se me revuelve el estómago. Sacar el cuerpo me toca a mí, es justo, ya que Perro está ocupándose de esta primera parte. Entonces no, el veneno no va a tranquilizarme, pero es mejor que vivir a diario con la idea de que la rata está, de que la rata dura, de que la rata no se resuelve—. Para el inconsciente las ratas son problemas, ¿sabías? —aporto. Perro me hace un mirá vos con la boca. Le chupa un huevo.

El bolsillo me vibra y sé que de nuevo el chongui me está preguntando si ya me mudé. El chongui, *este* chongui, es bastante nuevo y ya me conoció tres casas distintas. Mejor dicho, cogí con él en tres casas diferentes, que no eran mías pero ¿dónde estás? en casa, ¿dónde nos vemos? en casa, ¿dónde? en casa, en casa, en casa, re complejo, la verdad, no sé si era mentira o resumen. ¿Ya te mudaste?, vibra el chongui. Más o menos.

El departamento que alquilé tiene unos temitas con la humedad. “Temitas”, dice la marica, qué generosa. El agua cae desde la terraza por el interior de las paredes y las agrieta, las rompe. Hay un plomero arreglándolo a paso de hombre y en jornadas cada vez más breves. Un plomero troló al que llamé porque me hice la ¡varones no! y ahora estoy jodiéndome porque el plomero troló me engatusa, me miente, hasta me ghostea. Mientras, la obra parada y todo despedazado, sucio, inhabitable. Perro me tiene de refugiada en su casa. Su compañía me viene bárbaro porque estando con él no me hago tanto la cabeza, o sí pero con cuestiones prácticas como qué comemos, cuánto debería durar la siesta para no sentirnos zarpades, con qué película de Marvel nos vamos a pajear esta noche.

—Bueno, ya le dimos todas las oportunidades —dice y recupera su altura humana. Desenfrasca el veneno que nos recomendó Loba, su madre, y lo echa en todos los escondites posibles de la rata. Enseguida cambiamos la escena porque es un poco tarde y hoy fue otro día de vibrar bajito. Ponemos música, comemos, nos dormimos. A las 4 a. m. me despierta un chillido agónico de rata que se toca el pecho y muere.

—Soñé que la rata moría re dramática a lo Shakespeare —le digo a Perro cuando suena el despertador.

Hay una hora en la que el sol entra entero en Otamendi. Nos ponemos los dos a tomarlo y mirar las cosas que pasan en la calle. El rugbier de la esquina cambia a diario, no deben querer que nos acostumbremos. ¿A vos te hotearon los rugbiers alguna vez? No son rugbiers, Perro, ni siquiera son policías. ¿La policía te hoteó alguna vez? Yo me di cuenta de que era bisexy mirando a un cana. Otro camión de mudanzas está encimado a la bicisenda. El tercero de la semana. También me cabe el porno con presos y policías, no estoy orgulloso, hasta prefiero que el cana sea activo. Dos mamelucos hacen tetrís con los muebles. La familia, estacionada en la vereda. Están re depre, no reparan en los ladridos de los galgos ni en el calorcito que hace de pronto en medio de tanto vendaval. Otro departamento vacío. ¿Vendrá alguien nuevo? Ne, solo vos te mudás al revés. Es que no tengo nada que hacer en otra parte. No tenés nada que hacer y punto. ¡Andá a cagar, perro choto!

—Es que quiero que el fin del mundo me encuentre en Buenos Aires.

Si el fin del mundo nos encuentra en Otamendi vamos a mirarlo desde la ventana del 3° Baile. Es un plan. Le enumero a Perro distintas hipótesis sobre el fin del mundo. Por ahora, tengo ochenta y seis. De la nada hago cálculos, me surgen otras. Sos un robotito, me dice Perro. Ajá. Los robots vamos a sobrevivir al fin del mundo. Ne, los robots sin los humanos no son nada, pierden sentido. ¿Y los perros? Los perros vamos a recuperar nuestro secreto. Le pega un tarascón al aire.

El camión arranca.